

Leímos Orureñas

Elba Mejía Arce (1930). Poeta Secretaria Ejecutiva. Se dedicó a escribir poesía siendo ya profesional, ejerciendo un cargo en la administración de una empresa minera dependiente de la COMIBOL. Su carrera literaria le dio la satisfacción de importantes galardones, como el Premio Internacional en Poesía de la Fundación Gibre de Buenos Aires (Argentina-1983) y el Premio Nacional de Poesía de la Universidad Tomás Frías de Potosí (1985). Ha publicado: "Voces y Tormentas" (1987), "Surco y Letra" y "Bohemia"-Teatro-(1997). Ha sido fundadora de la Unión Nacional de Poetas y Escritores y es miembro del Club del Libro "Milena Estrada Sainz", en Oruro.



Elba Mejía Arce

Surco y Letra

Así va escribiendo su historia mi pueblo,
abriendo la tierra, en cursos profundos, sedientos,
va poniendo en ella la semilla ardiente
del maíz y el trigo, también de la lotería.

La yunta de bueyes, pasiva, indolente,
que lleva el arado, va trazando surcos
de dolor y ausencia, bebiendo, con voraz
anhelo, el agua y la vida, el sudor

y el llanto. El sol con sus rayos fructifica
el suelo, semilla de trigo dorado misterio;
erizo que consuma la sombra de un sueño,
lugar de infinitos sabores y mieles...

El silbido, el grito, el jadear intenso,
las manos callosas; bosquejan la sombra del hombre,
el arado, la yunta de bueyes, la tierra,
el surco y la letra...

De los Poetas

No somos leones pero sí rugido,
no somos las aves que surcan el cielo
pero si su trino; no somos del pobre
el hambre ni el frío, somos su lamento;
y no, no somos desierto de arida nostalgia,
pero si las ondas del denso silencio.

De las aves negras de vuelo furtivo,
el lento latido del presentimiento.

Del mar sólo somos la brisa y nostalgia;
de las sombras quietas, volcanes de fuego
y lavas de sangre; y de los picachos
los dientes agudos que muerden el cielo,
de la tierra el surco, del árbol la savia.

De Dios que nos hiere de amor infinito,
de Dios... el aliento...

El Caminante

Así nomás van las penas
cuesta y quebrada, quebrada
y cuesta va la tonada,
y si mi poncho pesa,
pesa la pena, y poncho
y pena siguen sin una queja.

Malhaya las quebradas
tan escarpadas, cuando llega
al alma una tonada,
mientras mis pies cansados
caminan lento, mi alma,
mi alma sube al cielo,
para bailar con ellas
las hechiceras, luna y estrellas,
como si fueran mozas
de cumbas negras.

¡Ay!, ojos de cielo,
de cielo inmenso tiene la luna,
y las estrellas todas,
mozas trigueñas, tienen ojos
negros de uva madura.

¡Ay!, ojos de estrella
tiene mi amada, que me espera
en el cielo..., ¡la condenada!

A Cristo

Quién eres Señor que tienes,
la faz tan dulce y tan tenue,
que tienes el corazón encendido,
el corazón mal herido...
de amor, dolor y tristeza.

Quién eres Señor que tienes
la sien herida de espinas,
y la sombra en tu camino,
dibuja la cruz sangrante
de tu silencio dolido.

Quién eres Señor que llevas
la inmensa luz del olvido,
que hiere tu corazón,
y que también hiere el mío.

Señor, tus manos están sangrando,
y tienes los pies heridos...
y siendo que estoy muriendo,
en esa cruz, hoy, contigo.

Ocaso

Yo también quiero en la tarde
de este día al perecer,
sentir toda la riqueza
que el ocaso ha de extender.

Quiero el oro del muriendo
sol en sangre y carmesí,
quiero las nubes de rosa
y el mar de espuma también.

Tiene un velo de tristeza
ante tanta inmensidad,
mi alma que de azul se vuelve
con el cielo y con el mar.

Un rayo de sol y de oro
ha herido mi corazón,
que agoniza en el ocaso
de muriendo esplendor.